

EDGAR ALLAN POE

COLOQUIO ENTRE MONOS Y UNA

UNA. ¿Renacida?

'Monos.-Sí, mi hermosa y más amada Una. Ésta era la palabra, sobre cuyo místico significado yo había meditado tan largamente, rechazando la explicación del sacerdote, hasta que la Muerte ha descifrado el secreto para mí.

UNA.- ¡ La Muerte!

MONOS.-; Qué extrañamente repites mis palabras, dulce Una! ¡ Y qué gozosa inquietud en tus ojos! Estás confusa y sobrecogida por la majestuosa novedad de la Vida Eterna. Sí, hablaba de la Muerte, y ¡ qué singularmente suena aquí esa palabra que en los viejos tiempos acostumbraba llenar de terror todos los corazones, haciendo marchitar todos los deleites!

UNA.-Ah la Muerte, el espectro que se sienta en todos los festines! ¿Cuántas veces, Monos, nos perdimos en especulaciones acerca de su Naturaleza? ¡ Qué misteriosamente actuaba como freno para la felicidad humana, diciendo a cada paso "hasta aquí, y no más allá"! ¡ Aquel vehemente y mutuo amor nuestro, querido Monos, que ardía en nuestros pechos! ¡Cuán vanamente nos hacía lisonjearnos, sintiéndonos felices por sus primeros brotes, de que nuestra felicidad se fortalecía con su fuerza! ¡ Ay!, mientras crecía en nuestros corazones el temor de que aquella hora funesta se estaba acercando apresuradamente para separarnos para siempre. Así con el tiempo el amor se volvió doloroso, y el odio hubiera sido entonces un verdadero don.

MONOS.-NO hablemos ahora de esas penas, querida Una. ¡Mía! ¡Mía para siempre!

UNA.-Pero ¿no es el recuerdo del dolor pasado lo que constituye la alegría actual? Todavía tengo mucho que decir de las cosas pasadas. Por encima de todo, ardo en deseos de conocer los incidentes de tu paso a través del oscuro Valle de la Sombra.

MONOS.-Y cuándo la radiante Una pidió nada en vano a su Monos? Voy a ser minucioso al relatarlo todo. Pero ¿en qué punto he de dar comienzo al relato?

UNA.-En qué punto?

MONOS.-Tú lo has dicho.

UNA. Monos, te comprendo; la propia Muerte nos ha enseñado a los dos la propensión del hombre a definir lo indefinido. No te pedirá que comiences con el momento de la cesación de la vida, sino en aquel triste momento en que, habiéndote abandonado la fiebre, te hundiste en un sopor, inmóvil y sin respirar, y yo te cerré los pálidos párpados con los dedos llenos de apasionado amor.

Monos.-Una palabra primero, Una mía, referente a la condición general de los hombres de aquella época. Recordarás que uno o dos de los sabios antepasados, sabios realmente, aunque no en la estima del mundo, se habían aventurado a dudar de la propiedad del término "progreso", como aplicado a los avances de nuestra civilización. Hubo períodos. en cada uno de los cinco o seis siglos que precedieron inmediatamente ~ nuestra muerte, en que surgieron de vez en cuando algunas mentalidades vigorosas que valientemente luchaban por aquellos principios cuya verdad se muestra ahora a nuestra liberada razón; principios que hubieran enseñado a nuestra raza a someterse a la dirección de las leyes naturales, en lugar de someterlas a su control. A largos intervalos, aparecían algunas mentes maestras que consideraban todo avance de la ciencia práctica como un retroceso en la verdadera utilidad. De vez en cuando la inteligencia poética-esa inteligencia que ahora sentimos que ha sido la más elevada de todas, puesto que aquellas verdades que para nosotros tienen la mayor importancia sólo se pueden alcanzar por esa analogía que únicamente habla en tono inconfundible a la imaginación y nada aporta a la razón-; de vez en cuando, repito, esa inteligencia poética daba un paso más allá en la evolución de la vaga idea filosófica y hallaba en la mística parábola que habla del árbol de la ciencia y de la fruta prohibida que produce la muerte, una clara insinuación de que la ciencia no era posible de ser alcanzada por el hombre, cuyo espíritu se halla todavía en la infancia, y aquellos hombres, los poetas, viviendo y muriendo en el escarnio de los "utilitarios", esos toscos pedantes que se confieren a sí mismos el título que sólo podía aplicárseles con propiedad para ser escarnecido, aquellos hombres, los poetas, reflexionaban lánguidamente, pero no faltos de ingenio, sobre aquellos días de la Antigüedad en que nuestros goces eran más sencillos que intensos, días que la palabra regocijo resultaba algo desconocida porque la felicidad era profunda y solemne: sanos y augustos días de felicidad en que los ríos azules corrían intactos entre las colinas no cultivadas, entre bosques solitarios, primitivos, olorosos e inexplorados.

Pero en realidad, aquellas nobles excepciones en medio del extravío general sólo servían para reforzarlo aún más por el contraste. ¡ Ay! Habíamos caído en los días peores de todos nuestros días. Al gran "movimiento" como se le llamaba falsamente, le siguió una enferma conmoción moral y física. El Arte-las Artes-resurgieron supremas, y una vez entronizadas echaron cadenas sobre la inteligencia que las había elevado al poder. El hombre, como no podía

reconocer la majestad de la Naturaleza, cayó en una pueril exaltación del dominio que había logrado y que iba en aumento. Incluso cuando en su propia fantasía se consideraba Dios, una pueril imbecilidad le iba invadiendo. Como se puede suponer, del origen de este desorden se fue contagiando cada vez más con toda clase de sistemas y abstracciones ~ se envolvió en generalidades. Entre otras extrañas ideas, ganó terreno la de la igualdad universal y a la faz de la analogía y de Dios-a pesar de la fuerte voz de las leyes que advierte sobre los grados que se observan con claridad en todas las cosas de la Tierra y del Firmamento-a pesar de estas leyes, el hombre hizo insensatos esfuerzos para establecer una democracia omnipotente. Y, sin embargo, estos males surgieron del origen de todos los males: el conocimiento. El hombre no pudo conocer y sucumbió. Entretanto, se elevaron enormes ciudades humeantes, las verdes hojas se encogían ante el caliente respiro de los hornos, la hermosa faz de la Naturaleza quedó deformada como por alguna repugnante enfermedad y yo pienso, mi dulce Una, que hubieran bastado nuestros soñolientos sentidos de lo forzado y de lo excesivo para detenernos en aquel punto. Pero ahora se comprende que trabajábamos en nuestra propia destrucción por la perversidad de nuestro discernimiento, o mejor tal vez, por la ceguera de su cultivo en las escuelas. Porque la verdad es que en medio de aquella crisis, el discernimiento sólo-aquella facultad que mantiene una posición intermedia entre la inteligencia pura y el sentido moral-sólo aquel discernimiento podía habernos conducido con suavidad otra vez hacia la Belleza, la Naturaleza y la Vida. Pero ¡ ay del puro espíritu contemplativo y de la intuición majestuosa de Platón! ¡ Ay de la que precisamente él la consideraba como toda necesaria educación del alma! ¡ Ay de él y de ella! -puesto que ambos se necesitaban del modo más desesperado en aquellos momentos en que estaban más completamente olvidados o despreciados-. Pascal, un filósofo a quien ambos amábamos, ha dicho "que tout notre raisonnement se réduit a ceder au sentiment" ("que todo nuestro razonamiento se reduce a ceder al sentimiento") y no es imposible que este sentimiento de lo natural, de haber tenido tiempo, habría recuperado su antigua ascendencia sobre la severa razón de las escuelas. Pero esta cosa no había de poder ser. Prematuramente provocada por la intemperancia del conocimiento, la vejez del mundo vino rápidamente. Esto, la masa de la Humanidad no lo vio, o viéndolo intensa aunque infelizmente, afectó no verlo. Pero por mi parte, los anales de la Tierra me habían enseñado a relacionar la más completa ruina como precio de la más alta civilización. Yo me había imbuido de una presciencia de nuestro destino por la comparación de China, la sencilla y sufrida, con Asiria, la arquitectura; con Egipto, la astrología; con Nubia, la más astuta que ninguna, madre turbulenta de todas las Artes. En la historia de aquellas regiones encontré un rayo de lo Futuro. Las artificialidades individuales de las tres últimas fueron para la Tierra enfermedades locales y en sus individuales derrumbamientos hemos visto aplicar remedios locales; pero para el mundo infestado yo no podía anticipar regeneración alguna, salvo la Muerte. Para que el hombre como raza no llegara a extinguirse, yo veía que debía "nacer de nuevo".

Y entonces fue, hermosísima y amadísima, cuando nosotros envolvimos nuestros espíritus diariamente en sueños. Entonces fue cuando a la hora del crepúsculo discurríamos sobre los días que habían de venir, cuando la superficie lacerada de la Tierra, una vez que hubiera sufrido aquella purificación que sólo puede borrar sus obscenidades, se revistiera de nuevo con el verdor de sus colinas montañosas y sonrieran por ella las aguas del Parnaso, y tornara a quedar al fin como digna residencia para el hombre; para el hombre purgado por la Muerte; para el hombre en cuyo exaltado intelecto el veneno del conocimiento no puede hacer nada; para el hombre redimido, regenerado, bienaventurado y ahora inmortal, pero, con todo, para el hombre material.

UNA.-Bien recuerdo aquellas conversaciones, querido Monos, pero la época de la fiera ruina no estaba tan cerca como nosotros nos figurábamos y la condición que tú indicabas seguramente sostenía nuestra creencia. Los hombres vivían y morían individualmente. Tú también enfermaste y pasaste a la tumba, y a ella, constante, Una te siguió rápidamente, y aunque el siglo que ha transcurrido desde entonces, y cuyo final una vez más nos reúne, no ha torturado nuestros soñolientos sentidos con la impaciencia de su duración, sin embargo, mi amado Monos, ha transcurrido todo un siglo.

MoNos.-Di más bien un punto en la vaga infinitud. Indiscutiblemente, fue en la decrepitud de la Tierra cuando yo morí. Llevando en mi corazón las angustias que se habían originado, el tumulto general y la ruina, sucumbía a la abrasadora fiebre. Después de algunos días dolorosos y muchos de delirio soñador, repleto de éxtasis, cuyas manifestaciones tú tomaste equivocadamente por dolor, mientras yo suspiraba y no tenía fuerza para desengañarte, después de unos días, me invadió, como tú has dicho, un sopor sin aliento y sin movimiento al que los que estaban a nuestro alrededor llamaron Muerte.

Las palabras son cosas vagas. Mi estado no me privó de la conciencia; me parecía no muy diferente del extremado reposo de quien, luego de haber dormido larga y profundamente, quedando inmóvil y completamente postrado en un mediodía estival, comienza a deslizarse lentamente hacia la conciencia, por la mera eficacia del sueño y sin ser despertado por molestias externas.

Ya no respiraba; el pulso se había parado. El corazón había dejado de latir. La voluntad no había desaparecido, pero no tenía fuerza. Los sentidos estaban extrañamente activos, aunque de modo anormal-asumiendo a menudo las funciones unos de otros, sin orden ni concierto-. El gusto y el olfato se hallaban inextricablemente confundidos y se convertían en un único sentimiento, anormal e intenso. El agua de rosas, que con tu ternura había humedecido mis labios en el último instante, me afectó con suaves fantasías de flores-flores fantásticas, mucho más hermosas que ninguna de la Tierra, pero cuyos prototipos tenemos ahora florecientes a nuestro alrededor-. Los! párpados, transparentes y exangües, no ofrecían total impedimento a la visión. Como la voluntad estaba ausente, los globos no podían moverse en sus cuencas, pero todos los objetos que estaban dentro de la línea del hemisferio visual, y los

veía con más o menos distinción; los rayos que caían sobre la parte exterior de la retina, o dentro de la córnea del ojo, producían un efecto mucho más vivo que los que lo herían de frente en la superficie anterior; y, con todo, en el primer instante, aquel efecto era tan anómalo que yo sólo lo apreciaba como sonido-sonido dulce o discordante, según que los objetos que se presentaban a mi lado estuvieran iluminados u oscurecidos en la sombra, curvos o angulares en su contorno-. Al mismo tiempo el oído, aunque excitado en intensidad, no era irregular en su acción y estimaba sonidos reales con una extravagancia de precisión no menos que de sensibilidad. El tacto había sufrido una modificación más peculiar. Sus impresiones eran recibidas con retardo, pero pertinazmente retenidas, y se resolvían siempre en el más alto placer físico. Así, la presión de tus dedos suaves sobre mis párpados, al principio sólo reconocida por la visión, luego y largo tiempo después de apartarse, llenaron todo mi ser con una delicia sensual inmensurable. Eso es: con delicia sensual. Todas mis percepciones eran simplemente sensuales. Los materiales que suministraban los sentidos al pasivo cerebro no eran modelados ya, ni en el más remoto grado, por el entendimiento muerto. Un poco de dolor, un mucho de placer, pero nada en absoluto de placer o dolor moral. Así, tus sollozos flotaban en mi oído con sus tristes cadencias y eran apreciados en todas sus variaciones de tono triste, pero eran suaves sonidos musicales y nada más; no comunicaban a la extinguida razón ningún indicio del pesar que las originaba, mientras que las abundantes y constantes lágrimas que caían sobre mi rostro, hablando a los circunstantes de un corazón que se rompía, sólo conmovían con un suave éxtasis todas las fibras de mi cuerpo; y esto, en verdad, fue la Muerte, de la cual hablaban aquellos circunstantes con tanto respeto en bajos cuchicheos, y tú, dulce Una, con ahogos y sollozos.

Me vistieron para ponerme en el ataúd, tres o cuatro negras figuras que se deslizaban atareadamente de arriba para abajo y cuando cruzaban la línea recta de mi visión me afectaban como formas, pero al pasar a mi lado, sus imágenes me impresionaban con la idea de chillidos, quejidos y otras tristes expresiones de terror, de horror o de angustia. Tú solamente, vestida con túnica blanca, pasabas junto a mí en todas direcciones de una manera musical.

El día declinaba, y cuando su luz se desvaneció me sentí poseído de una vaga inquietud, de una ansiedad tal como la que siente el dormido cuando tristes sonidos reales resuenan continuamente en su oído; bajos, distantes sonidos de campanas, solemnes, a largos pero iguales intervalos y mezclándose con sueños melancólicos. Llegaba la noche y con sus sombras un pesado malestar que oprimía mis miembros con la opresión de algún peso abrumador que resultaba palpable. Había también un sonido de gemidos, no diferente a la distante repercusión de la marejada, pero más continuo, que habiendo comenzado con el crepúsculo, había crecido con más fuerza en la oscuridad. De pronto trajeron luces a la habitación y aquellas repercusiones quedaron inmediatamente interrumpidas, en frecuentes y desiguales golpes del mismo sonido, pero con menor monotonía y distinción. La poderosa opresión se había aliviado en gran medida, y brotando de la llama de cada lámpara (pues había muchas) manaba

sin interrupción en mis oídos un acento de melodiosa monotonía. Y cuando entonces, querida Una, acercándote a la cama, sobre la que yo estaba tendido, te sentaste suavemente junto a mí y con la brisa de tus dulces labios oprimiste mi frente, se alzó trémulo en mi pecho y mezclándose con las sensaciones simplemente físicas que las circunstancias habían provocado, algo semejante al sentimiento mismo-una sensación que casi comprendía, casi correspondía a tu diligente amor y pesar-; pero este sentimiento no arraigó en el corazón sin latidos, y más parecía una sombra que una realidad, y se fue extinguiendo rápidamente, primero en extremada quietud y luego en un placer puramente sensual como antes.

Y entonces, en la destrucción y en el caos de los ordinarios sentidos, parecía alzarse en mí un sexto sentido, de una perfección absoluta. En su ejercicio hallé vivo deleite-con todo, un deleite todavía físico, puesto que el entendimiento no tenía relación alguna con él-. El movimiento de mi cuerpo humano había cesado completamente. Ni un solo músculo se agitaba; ni un nervio vibraba; ni una arteria latía, pero parecía haber brotado en el cerebro aquel de que ninguna palabra podía comunicar a la inteligencia simplemente humana, ni siquiera un concepto confuso. Permite que lo llame una pulsación mental penduleante. Era la incorporación mental de la idea abstracta que tiene el hombre del tiempo, pues la absoluta igualdad de aquel movimiento-o de algo parecido-había sido ajustado a los propios ciclos de las órbitas del firmamento. Con su ayuda, medí las irregularidades del reloj que estaba sobre la chimenea y de los relojes de los visitantes. Su tic tac llegaba sonoramente a mis oídos. La más ligera desviación de la verdadera proporción-y estas derivaciones predominaban constantemente-me afectaban tanto como las violaciones a la verdad suelen afectar al sentido moral en la Tierra. Aunque no había dos relojes en la habitación que diesen a la vez sus segundos, con todo, no tenía yo dificultad en retener en mi espíritu los tonos y los respectivos errores momentáneos de cada uno; y esto-este sutil, perfecto, existente por sí mismo sentimiento de duración-este sentimiento que existía (como ningún hombre hubiera podido concebir que existiera) con independencia de cualquier sucesión de acontecimientos, esta idea, este sexto sentido, brotando de las cenizas de los demás, era el primer paso cierto y evidente del alma inmortal en el umbral de la temporal eternidad.

Era medianoche, y tú todavía estabas sentada junto a mí. Todos los demás se habían marchado de la cámara de la Muerte. Me habían puesto en el ataúd. Las lámparas ardían parpadeando: esto lo sabía por el trémolo de los monótonos sonos. Pero de pronto la melodía disminuyó en distinción y volumen. Finalmente, cesó. El perfume se extinguió de mi nariz; las formas no afectaron por más tiempo a mi visión. La opresión de la oscuridad se alzó por sí misma de mi pecho. Una débil sacudida como de electricidad invadió mi cuerpo y fue seguida por una pérdida de la idea de contacto. Todo lo que el hombre llama sentido se había sumergido en la única conciencia del ser y en el único permanente sentimiento de duración. El cuerpo mortal había sido al fin herido por la mano de la fatal Destrucción.

Con todo, la sensibilidad no se había apartado completamente, pues la conciencia y el sentimiento que quedaban ejercían algunas de sus funciones con una letárgica intuición. Yo advertía el terrible cambio que ahora se estaba operando en mi carne, y como a veces sucede en sueños, que se capta la presencia de alguien que se apoya sobre nosotros, así, dulce Una, yo aún sentí que tú estabas cerca de mí. Así también, cuando llegó el segundo mediodía no dejé de darme cuenta de los movimientos que te apartaron de mi lado, de los que me encerraron en el ataúd y me depositaron en el coche fúnebre que me llevó a la tumba, de los que me hundieron en ella y que paletada a paletada amontonaron pesadamente el barro sobre mí, y que así me dejaron en la oscuridad y en la corrupción, abandonado a mis tristes y solemnes sueños con los gusanos.

Y allí, en la prisión que tiene pocos secretos que revelar, rodaron los días, las semanas y los meses; y el alma observaba estrechamente el paso de cada segundo que volaba y sin esfuerzo alguno registraba su vuelo; sin esfuerzo y sin objeto.

Pasó un año. La conciencia de ser se había ido tornando hora por hora más borrosa, y la de mera localización había, en gran medida, usurpado su puesto. La idea de entidad se iba confundiendo con la de lugar. El estrecho espacio que inmediatamente rodeaba lo que había sido el cuerpo estaba entonces viniendo a ser el cuerpo mismo. Al fin, como ocurre frecuentemente a los que están durmiendo (pues con el sueño y su solo mundo la Muerte queda representada), al fin, como a veces sucede sobre la Tierra al que duerme profundamente, cuando alguna luz lo sobresalta en su despertar y, sin embargo, lo deja medio envuelto en sueños, así llegó para mí, en el estrecho abrazo de la Sombra, aquella luz que sólo podía haber tenido el poder de despertarme: la luz del constante amor. Los hombres se afanaban en donde yo yacía en tinieblas. Levantaron la húmeda tierra y sobre mis huesos consumidos bajaron el ataúd de Una. Y entonces todo volvió al vacío de nuevo. Aquella nebulosa luz se había extinguido; aquel débil estremecimiento había vibrado en el reposo. Muchos lustros habían sobrevenido. El polvo había vuelto al polvo. Los gusanos no tenían más alimento. El sentido del ser, finalmente había desaparecido por completo y allí reinaban en su lugar -en lugar de todas las cosas-, dominantes y perpetuos, los autócratas, Espacio y Tiempo. Porque para lo que no era-para lo que no tenía forma-, para lo que no tenía pensamiento-para lo que no tenía conciencia-, para lo que no tenía alma y aun para aquello que ya no formaba parte de la materia y para aquella inmortalidad, la tumba todavía era una morada, y las horas corrosivas, sus compañeras.